

CONFERENCIA

Escribir en el margen del margen*

Marie-Célie Agnant



De qué margen queremos hablar? Decimos, para comenzar, que no se trata de uno, sino de muchos márgenes.

Marginalidad, ante todo, de cualquier artista o escritor que esté lejos de los fuegos y cuyo trabajo nunca será un producto de consumo codiciado, porque no busca el ruido, sino más bien los ecos de su obra. Los ecos son suficientes para indicarle que su obra consigue oídos atentos más allá de su pequeño círculo.

Marginalidad del escritor, del autor, que ejerce su profesión en un entorno, un espacio donde no está, en el sentido de que no existe, o muy poco, ya que es un personaje cuya presencia nos sorprende constantemente en ciertos lugares.

Marginalidad del escritor, de la escritora inmigrante. Pero una pregunta permanece continuamente presente: ¿Cuándo dejamos de ser el Otro? ¿Cuándo dejamos de ser inmigrante?

Y qué decir de la marginalidad de la mujer escritora, ¿de aquella a la que se le ha nombrado escritora en Quebec!

Ante eso, habría que lamentablemente ajustar la margi-

nalidad de la mujer negra, y la de la haitiana que quiere a todo precio salir de las cámaras cerradas, abandonando el encierro.

Los especialistas de la literatura haitiana datan de 1818, pocos años después de la independencia, sus primeros balbuceos, con los diarios y revistas en los cuales los escritores hicieron sus primeras armas, iniciándose en la publicación de sus poemas y cuentos. Muchos estudios, antologías y otros libros, aparecieron en esta literatura. No obstante es bien difícil identificar una verdadera presencia femenina en ese paisaje. Aquellas que osaron aprovecharse de una pluma, la hicieron frecuentemente por reacción a ese silencio impuesto, con la idea de testimoniar, de reivindicar, de cuestionar, de romper la censura, de batirse contra la afasia. En una antología de novela haitiana que cubre el período que va de 1859 a 1878, la autora Ghislaine Rey Charlier anota, sobre un total de treinta escritores registrados

en ese período, la presencia de dos mujeres. Al filo de los años, la mesa no ha variado mucho. Proporcionalmente con el número de hombres que realizan su oficio, en Haití, las mujeres son relativamente raras.

¿A qué atribuir la ausencia de mujeres en ese medio? ¿Cuándo los hombres escriben qué hacen las mujeres? Cuando algunas mujeres se niegan a continuar callándose, ¿cómo son recibidas en ese santuario de la represión de las mujeres que ha tenido siempre la escritura? Una respuesta parcial sería que las mujeres escriben en el margen, son recibidas en el margen y, con más frecuencia, permanecen confinadas en el margen. Es entonces cuando el acto de escribir se realiza para ellas, con el sentimiento de esculpir, de definir, de crear con todas las fuerzas un espacio para intentar venir al mundo. Ese acto de escribir se entiende primero como un nacimiento, una lucha para conseguir en esta escritora de talento, Marie Vieux, autora de muchas novelas, la más célebre, *Amor, cólera y locura*, publicada por Gallimard en el curso de los años 60. Lamentablemente, su obra, de alguna manera fundadora, se cita solo como una cuestión de conciencia.

Me gusta decir que escribo en la posición de quien fuerza puertas, puertas que, por tradición, siempre han estado cerradas, y con doble cerradura, cuando las mujeres se encuentran frente a ellas. También me gusta decir que no uso, para escribir, un bolígrafo, sino un martillo, un mazo.

Vivo en Quebec desde hace más de treinta años. En mi país de adopción, escribo en esa posición de marginal. En mi país de origen, Haití, la posición no habría sido diferente. Hay que especificar que en Haití, cualquiera que sea, el escritor es primero y ante todo un personaje del margen, un personaje habitado por el mal profundo que acompaña al acto de escribir, con más frecuencia en francés, en un país primero creolófono, un país donde el número de analfabetos aumenta por la acumulación de fracasos y el estancamiento político.

Esa marginalidad que engendra la cuestión de la lengua de la escritora y de la accesibilidad o no de los lectores a la cosa escrita no detiene la creación. En Haití, siempre se ha agarrado a la palabra, como a un salvavidas. Se escribe para vencer la violencia de lo cotidiano, para batirse contra la parálisis que puede engendrar esta violencia, se escribe mucho. Pero las voces femeninas son poco numerosas, no obstante, a pesar de todos los esfuerzos que ellas puedan desplegar, la mujer a menudo será silenciada por diversas maniobras de su entorno, en particular por parte de los hombres, que siempre han considerado la literatura como su coto, su territorio inviolable. Es por eso que la literatura producida por las mujeres haitianas siempre ha sido ignorada por la crítica y marginada por el mundo de la edición, a menos que ella haya sido saludada primero en otros lugares.

Se nos puede preguntar por qué si vivo en Quebec, en Canadá, donde desarrollo mi actividad de escritora, mi país de origen, Haití, ocupa tanto lugar en mi discurso. Las razones son muy simples. Hay partes del país que nos siguen, nos acompañan, cuando uno se va de él. Se puede decir también que el país de lo cotidiano, el país del exilio, deviene, por diversas razones, una prolongación del país de origen. Se produce entonces un vaivén constante de un lugar de la diáspora hacia otra, de todos esos lugares hacia el país de origen. “¿Vuestros libros son leídos en Haití?” Esta pregunta se repite frecuentemente. En la mayoría de los casos, se planteará antes de que se pregunte si se lee en el país donde vivo. Una respuesta negativa desencadenaría reacciones inesperadas; como si, siendo originaria de Haití, esta no disponibilidad de la obra en el país fuese un inconveniente, una afrenta, una falta, una actitud de distanciamiento que tendría como autora. Lo que se ignora, en cambio, son los innumerables márgenes que debe romper la mujer que escribe antes de encontrarnos aquí o en otro lugar, antes de conseguir nuestro espacio. Muchas voces femeninas, es verdad, se hacen escuchar con

insistencia luego de algunos años en Haití. Pero se trata siempre de una vanguardia frágil, puesto que hay constantemente que reconstruirla casi en cada generación, para así decirlo. Además, la literatura, en todas partes, constituye un lugar de enfrentamientos, de discordancia, de alianzas, de clanes. Y si la palabra exclusión parece asustar a menudo a los que son sus primeras víctimas, y que, a partir de entonces, dudarán a la ligera, ¿se puede evitar, hablando de literatura, hablar de espacio? En este dominio el espacio es un punto clave. Para los hombres que siempre han ocupado todo el lugar en la literatura, la llegada de mujeres al tablero es absolutamente intolerable.

Las cosas cambian, desgraciadamente, muy lentas. En el último congreso de CIEF (Portland, Maine, USA, año 2001), la escritora Marie Claire Blais explicaba todo el camino que ella ha debido recorrer antes de poder hacerse su lugar en el paisaje literario de los años 60 en Québec, donde no evolucionan sino los hombres. Esta reflexión nos lleva a pensar en el redescubrimiento de la novela latinoamericana que se ha llamado “boom”, en el que no se puede citar el nombre de una sola mujer de esta región que se haya beneficiado de este famoso “boom.”

Una cosa es cierta, la escritura se practica también en reacción a... Las mujeres van entonces a escribir para contrarrestar la opresión y la exclusión, para trastornar el orden establecido, y sus escritos llevan los trazos de esas luchas que ellas impulsan.

Escribir en el margen del margen. Margen referido al espacio en tanto que la escritura es también una búsqueda. Búsqueda que pretende reclamar un espacio geográfico, una lengua, un lenguaje. En lo que me concierne, se trata de una lengua propia de las mujeres, de las negras, de las haitianas, de las haitiana-quebequenses, también.

Frente a mi mesa de trabajo, descubro, con placer, que soy todo eso. Con identidades múltiples, con múltiples márgenes.

Una de esas identidades predomina, no obstante. Ante todo, la de la mujer que busca su voz y su camino.

Escribir en el margen del margen. Flujo, reflujo. Se nos aleja la pregunta, pero volvamos a ella. Hay también allí marginalidad. Se aparta un poco del tiempo de un coloquio, de una actividad alrededor del libro. Pero volvemos a ella porque es un hecho, no una quimera. Se asume el margen con los dolores que ella acarrea, las contradicciones que ella conlleva, los desgarros que ella puede ocasionar.

Hagamos lo que hagamos, nos encontramos dentro de algún margen.

Mi primera experiencia en Haití, como invitada a una feria, fue una de gran visibilidad que iba acompañada de una mayor marginalidad, sobre todo porque los periódicos

titulaban: “Los autores de la diáspora desembarcan.” De dentro y de fuera. Este interior que no hay que ignorar so pena de ser acusada de querer guardar sus distancias con el país de origen, y aquel exterior en el cual los de adentro no tienen espacio ocupado o concedido a cada uno, a su lengua. Se trata de un debate que lo vuelve a encerrar, lo repliega y lo excluye. Y en Haití, ese país que considero aún como el mío, me encontraba una vez más en una posición de minoría, en un espacio a definir, a negociar, una vez más.

Escribir en el margen del margen. Los márgenes, como podemos ver, son numerosos. Y es difícil y peligroso ignorarlos, intentar, por complacencia, ser mejor aceptado, ignorarlos. En tanto que artista o artesana de las palabras, creador y creadora, solo podemos continuar creando dentro de este margen hasta que encontremos nuestra salvación allí. La salvación es para mí en este incansable ejercicio de superación en el que se convierte la escritura, este trabajo de estilo a través del lenguaje utilizado.

Trabajo incesante sobre el lenguaje, todo permanece fiel a una cierta corriente de escritura femenina: esa corriente no neutra, una corriente que da voz a estas heroínas insignificantes, anónimas, esas crónicas masculinas olvidadas que son las negras, las que lideraron y llevan a una resistencia hecha de cimarronaje y de paciencia. Es lo que he intentado retratar en la novela *La Dote de Sara* y en la línea de personajes femeninos que he conseguido en *El libro de Emma*.

A pesar de la gran desconfianza que siento hacia las etiquetas clasificadoras, no tengo miedo de afirmar que algo común se encuentra en la práctica de la escritura de ciertas escritoras estadounidenses negras y caribeñas como Marie Vieux, Maryse Condé, Simone Schwarz-Bart, Gisèle Pineau, para no citar sino algunas. En *Beloved* de Toni Morrison, se consiguen las mismas técnicas de cimarronaje: el mismo deseo de transgredir el orden establecido, la misma dinámica de resistencia que anima a una heroína como Tituba (*Yo, Tituba, bruja negra de Salem*). Y podemos ir más lejos pensando en la escritora blanca, Nadine Gordimer (el adjetivo blanco es utilizado aquí únicamente para indicar la trascendencia por esta gran escritora del apartheid en África del Sur). Su experiencia, su toma de conciencia ha-

cen que ella no pueda escribir en una perspectiva neutralista. Podríamos ir hasta plantearnos la pregunta de saber ¿en qué medida las mujeres no consideran la escritura como un acto de resistencia y hasta qué punto esa decisión no contribuye a una forma de marginalidad?

Este testimonio solo roza la superficie del espacio que ocupo en mi país anfitrión. En rigor, realmente no importa. Sin querer simplificar a ultranza la cuestión de la dualidad y las raíces emocionales, soy una de las nómadas de hoy, de esas personas que vagan y que a veces creen o sienten que tienen varios países, o no tienen ninguno. Personas tanto de dentro como de fuera, que realmente no saben a dónde ir, que realmente no saben dónde encajar. Y a veces es muy divertido, a no ser que uno no caiga totalmente en una forma de esquizofrenia. Una vez fui invitada a un salón del libro en la Guayana francesa, como escritora quebequense. El Quebec tenía el honor. Dos años más tarde, Haití era la honrada, me consigo en el mismo espacio como escritora haitiana.

Para hacer prueba de franqueza y de objetividad, habría que reconocer que si esta marginalidad me aparta de ciertas redes, me “silencia” algunas veces, si ella implica que participo cada vez más de actividades literarias en el extranjero que en el Quebec donde vivo y escribo, o si aun cuando la crítica periodística termina por interesarse en mi trabajo, las librerías se muestran poco inclinadas a fijar mis títulos, como lo hacen con los autores del centro, me doy cuenta perfectamente de que se debe a esta marginalidad que se interesan en mi trabajo. ¿Habría que concluir que la marginalidad tiene sus ventajas? Entre ventajas y desventajas, lo importante es decir. Escribir en la resistencia y rechazo, escribir para perpetuar esta energía de resistencia. Como dice Bel Hook, la escritora feminista afroamericana. El espacio de rechazo, allí donde puede decir “No”, se consigue en el margen.

*Intervención en el coloquio Littératures Canadiennes
Et Identités Postcoloniales, 2002.

Traducción: Celso Medina